Aspectos de la Sagrada Escritura:

III. Inspiración Divina de la Sagrada Escritura y su interpretación (11-13).
IV. El Antiguo Testamento (14-16).
V. El Nuevo Testamento (17-20).
VI. La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia (21-26).



2. Función de la Sagrada Escritura

Así, el Concilio logró que la Sagrada Escritura quedase entroncada en su lugar original y verdadero, en el proceso de transmisión de la Revelación de Dios, "mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina" (*DV* 2). Por lo tanto, la función última de la Biblia es colaborar dentro de la Iglesia a que los hombres alcancen este destino, especialmente en la función de transmitir la verdad salvífica de Cristo. Ahora bien, ¿cómo colabora? **Dando testimonio del acontecimiento mismo de la revelación**.

La Biblia es, por tanto, el **testigo privilegiado del acontecimiento de la revelación**; tan privilegiado que es el testimonio del mismo Dios (cf. *DV* 9). Por lo tanto, de lo dicho hasta ahora deducimos que la Escritura no es la revelación –la cual es Dios mismo autodonándose a lo largo de la historia salvífica–, sino el testigo divino de la misma:

> En el lenguaje teológico actual es corriente denominar la Biblia simplemente "la Revelación". Esto sería impensable para los antiguos. La revelación es un proceso dinámico entre Dios y el hombre, que sólo se hace nuevamente realidad en el encuentro. La palabra bíblica testimonia la revelación, pero no la contiene de un modo tal que la agote, o que se la pueda guardar en el bolsillo como un objeto más. La Biblia testimonia la revelación, pero el concepto de revelación en cuanto tal va más allá[4].

En el centro de la revelación está el acontecimiento salvífico de Cristo, porque el cristianismo no es una "religión del libro" sino la "religión de la Palabra hecha carne". En efecto, el núcleo del cristianismo no es la Biblia, sino **Cristo, el Verbo eterno del Padre, la Palabra de Dios**, que en la plenitud de los tiempos se hizo hombre, como subrayó Romano Guardini en su famoso libro *La esencia del cristianismo*. Por eso, toda la importancia de la Biblia radica en su relación con Cristo, en cuanto que lo transmite y lo expresa. Como dice el CCE §102: "A través de todas las palabras de la Sagrada Escritura, Dios dice sólo una palabra, su Verbo único, en quien él se dice en plenitud". Más adelante, el mismo Catecismo en el §108 abunda en esta diferencia:

> Sin embargo, la fe cristiana no es una "religión del Libro". El cristianismo es la religión de la "Palabra" de Dios, "no de un verbo escrito y mudo, sino del Verbo encarnado y vivo". Para que las Escrituras no queden en letra muerta, es preciso que Cristo, Palabra eterna del Dios vivo, por el Espíritu Santo, nos abra el espíritu a la inteligencia de las mismas.

Si la Biblia fuese un libro caído del cielo, como se afirma en la tradición islámica del Corán, o si identificásemos la Biblia con la revelación, entonces el cristianismo sería otra religión del libro y no habría necesidad de interpretarla: bastaría tomar cada afirmación como absoluta, como sucede con el Corán[5]. Pero no, la Biblia testimonia a Cristo y su acción salvífica a través de toda la historia de la

[4] J. Ratzinger, "La interpretación bíblica en conflicto. Sobre el problema de los fundamentos y la orientación de la exégesis hoy", en: L. Sánchez Navarro – C. Granados (eds.), *Escritura e interpretación. Los fundamentos de la interpretación bíblica* (LiP 42; Palabra, Madrid 2003), 51. También Ratzinger, "La relación entre Magisterio de la Iglesia y exégesis", 179: "[la *DV*] ante todo define el concepto de Revelación, que no se identifica en absoluto con su testimonio escrito, que es la Biblia".

[5] Cf. G. Paolucci– C. Eid, *Cien preguntas sobre el islam. Entrevista a Samir Khalil Samir* (Ensayos 219; Encuentro, Madrid 2003) 25-27.

revelación. Por esto mismo, tampoco podemos identificar absolutamente a la Biblia con la Palabra de Dios, la cual, propiamente dicho, es la segunda persona de la Trinidad[6].



> La Palabra de Dios que se expresa en la creación y que se comunica en la historia de la salvación se ha hecho hombre en Cristo, nacido de mujer [...]. La Palabra aquí no se expresa en primer lugar en un discurso, en conceptos o reglas. Aquí estamos de frente a la persona misma de Jesús. Su historia única y singular es la Palabra definitiva que Dios dice a la humanidad. De aquí se comprende porque al inicio del ser cristiano no está una decisión ética o una gran idea, sino el encuentro con un acontecimiento, con una Persona (*VD* 11)

De hecho el Concilio Vaticano II no define la *sacra Scriptura* como *Verbum Dei*, sino como "el hablar de Dios", "locución de Dios" (*locutio Dei*) en cuanto consignada por escrito por inspiración del Espíritu divino (*DV* 9). Aunque en otros números la constitución dogmática se refiere a la Biblia como *verbum Dei*, a la hora de definirla evita esa expresión y usa una semejante, pero diversa: *locutio*. Seguramente quiere así subrayar que la Palabra de Dios (*Verbum*) no es un libro, sino una persona, aunque a través de los libros bíblicos Dios hable (*locutio*) a los hombres[7]. Esta intención del Concilio se manifiesta también en otro detalle: en todo el documento el término *Verbum* es utilizado con mayúscula sólo cuando se refiere a Cristo. Por tanto, podemos decir que la Biblia es palabra de Dios no por la materialidad de sus letras, sino porque encierra el misterio de Cristo –la verdadera Palabra divina– y es testigo de la manifestación de Dios a los hombres.

[6] Cf. A. Vanhoye, "La recepción en la Iglesia de la Constitución Dogmática *Dei Verbum*", en: L. Sánchez Navarro – C. Granados (eds.), *Escritura e interpretación. Los fundamentos de la interpretación bíblica* (LiP 42; Palabra, Madrid 2003) 151: "Las Escrituras son 'Palabra de Dios' [sin artículo]; no son toda la Palabra de Dios, sino sólo la Palabra de Dios escrita".

[7] Cf. Vanhoye, "La recepción en la Iglesia de la Constitución Dogmática *Dei Verbum*", 149: "Cuando el Concilio define la Escritura (*DV* 9) no dice '*Sacra Scriptura est* verbum Dei', como dejan pensar las traducciones [...]. Parece que el Concilio haya querido evitar una identificación demasiado estrecha entre la 'Sagrada Escritura' y el '*verbum Dei*'".

En conclusión, la Biblia no es la revelación, sino testigo de la misma; no es *Verbum Dei* –que es Cristo– sino *locutio Dei*. Es el testimonio divino de la revelación puesto por escrito. Este testimonio respeta el carácter histórico de la revelación que, como hemos indicado, se ha desarrollado en dos etapas:

- una de **preparación** de la revelación evangélica (cf. *DV* 3 y *DV* cap. IV: *Sobre el Antiguo Testamento*);
- otra de **plenitud** de la revelación (cf. *DV* 4 y *DV* cap. V: *Sobre el Nuevo Testamento*).

Por eso, el primer dato esencial de la precomprensión cristiana de la Sagrada Escritura es que ésta, en cuanto testimonio divino del acontecimiento de la revelación, se compone de dos partes de igual dignidad pero de distinta índole, pues las etapas que testimonian son diferentes. Estas partes son el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. Por tanto, para una adecuada comprensión de la Biblia, cuando se apliquen las normas de interpretación (*DV* 12) será necesario respetar la naturaleza de cada Testamento, pues no testimonian del mismo modo la revelación (cf. U.D. 4).

3. Sagrada Tradición y Sagrada Escritura, transmisores de la revelación

La *Dei Verbum* subraya que la Tradición y la Escritura no se oponen sino que, como ya hemos señalado, están indisolublemente unidas: brotan de la misma fuente, de la revelación (ambas son de hecho "tradición en sí misma"), corren por el mismo caudal (viven en la misma Iglesia), tienden al mismo fin (transmitir la revelación). Por la relación intrínseca de ambas realidades, queremos profundizar aquí en la Sagrada Tradición, para comprender mejor la Sagrada Escritura. Comenzamos con un excursus sobre cómo se vivía y enseñaba la tradición en el judaísmo.

3.1. La tradición en el judaísmo

En el judaísmo la tradición se vincula a la elección y alianza establecida por Dios con el pueblo de Israel. Dios le había confiado la